

Permanecer en Cristo

La Batalla Entre La Luz y la Oscuridad



Arzobispo John C. Wester

En la Roma antigua, los días de invierno, similares a los de ahora, marcaban la batalla entre la luz y la oscuridad. El festival pagano de mediados de invierno llamado Sol Invictus, o Sol invicto, señalaba una lucha entre fuerzas primitivas en el cosmos. Corría el año 336 d. de C., cuando el emperador cristiano Constantino transformó la celebración secular y pagana al conferirle un significado cristiano. Por esta razón, la Iglesia celebra el nacimiento de Cristo el veinticinco de diciembre. La naturaleza misma ha sido testigo de que la Luz de Cristo vino a un mundo que penaba "en error y pecado", como dice el himno. Aun así, los eternos engaños del mal que llevaron a Herodes a masacrar

a los Santos Inocentes no han desaparecido. El pecado, con todos sus engaños malévolos, nos atormenta hasta el día de hoy. El Adviento es una temporada de preparación y de espera vigilante. Nos asomamos a las tinieblas de nuestro mundo para contemplar una luz, la llama destellante de la fe. Con el nacimiento de Cristo "una nueva y gloriosa mañana" se ha abierto sobre la humanidad. Por mucho tiempo encarcelados por el pecado y el error, ahora se nos ha dado una nueva esperanza. En el nacimiento de este niño inocente, nacido en medio de la incertidumbre política, vemos la promesa de la salvación. Extrañamente, el pesebre de madera prefigura la madera de la cruz y los pañales el sudario de su Resurrección. Aquí encontramos una lección difícil para nuestra propia era, porque nuestras culturas están tan ensimismadas, que la sociedad se derrumba ante nuestros propios ojos. Los teólogos se han preguntado por qué Dios eligió nacer en la condición humana corrupta, por qué Dios eligió hacerse partícipe del sufrimiento de la humanidad. Nosotros también debemos ponernos a pensar en eso.

Durante estos últimos meses yo también he orado y reflexionado sobre el misterio más profundo de la Encarnación. En estos últimos meses nosotros como Iglesia

hemos tenido que enfrentar el mal de la traición, del falso orgullo, de la codicia corrupta. Por difícil que sea de entender, he llegado a ver el favor de Dios no en momentos de fuerza sino en nuestra debilidad. Ha sido en el sufrimiento de los inocentes y en los dolorosos relatos de hombres y mujeres cuyo valor y gracia me han conmovido profundamente. Me siento sobrecogido ante su ejemplo de valentía y fidelidad, ya que muchos de ellos, a pesar de sus heridas, todavía tienen un profundo amor a la Iglesia y todavía ven a Cristo más allá de su dolor. Me han mostrado un amor que, misteriosamente, es capaz de perdonar. De una manera algo diferente, también lo he visto en los rostros angustiados de innumerables feligreses que permanecen fieles aunque todo a su alrededor les diga que abandonen la Iglesia, he encontrado un amor que perdura en medio de las dudas. He visto el rostro de Cristo en la fidelidad de los buenos sacerdotes de la arquidiócesis que se sienten traicionados y que, aun así, se aventuran y entran a un mundo de desesperación y de corazones rotos. En mi oración personal y en las noches oscuras de mi alma he tomado conciencia de la profunda dimensión de la fe que desafía la razón y la lógica de nuestra época secular. El mensaje de esta temporada santa, las lecturas de Adviento para la Misa, los himnos y villancicos religiosos, y

Su misericordia perdura para siempre

la historia eterna del amor de Dios por nosotros, desafían toda explicación razonable, toda prueba racional. La luz y las tinieblas, el bien y el mal, la vida y la muerte nos confunden a todos. El humilde pesebre en el que nació el niño, la cruz en la que el hijo de Dios sufrió y murió, no tienen sentido. ¿Por qué? En nuestra pecaminosidad, en nuestro quebrantamiento, en nuestra humanidad imperfecta, ¿por qué nació Cristo para nosotros? La verdad incomprensible de Dios es que Cristo y su Iglesia son el lugar donde nace la esperanza de sanar en nuestras tinieblas, donde encontramos, como Tomás, las heridas del amor redentor y nuestra lucha por aprender la lección del amor divino.

A medida que seguimos descubriendo el verdadero significado de la Navidad, a medida que dejamos de lado la falsedad de que somos perfectos, a medida que descubrimos las heridas que hemos tratado de ocultar a quienes nos rodean, comprendemos que es demasiado para soportarlo solos. Sólo entonces podremos aprender la lección de la Navidad. Tristemente, es una lección que nuestra era secular no puede entender, una lección que la avaricia y el orgullo distorsionan, una lección que el poder y los privilegios cuentan como una locura. La lección es esta: Sólo aquellos que han sido heridos saben qué significa sanar, sólo aquellos que confiesen sus pecados recibirán el perdón, y sólo aquellos que permiten que Cristo nazca en sus corazones, conocerán la vida eterna. Emmanuel - "¡Dios está con nosotros!"

Sinceramente suyo en el Señor,

+ John C. Wester

Arzobispo John C. Wester

Traducción voluntaria de: Anelle Lobos